

ARGENTINA: CRÓNICA DE UN DIVORCIO

ETAPAS DE LA LUCHA ARMADA
EN LOS 70'S

EXPANDIENDO LA REVUELTA

Algunas palabras previas

El texto a continuación que elegimos editar, fue extraído de la revista “Bicicleta: Comunicaciones libertarias” N°47 de Junio-Julio de 1982. Y forma parte de un pequeño preámbulo que decidimos hacer previa a la salida de nuestro próximo libro “Anarquismo: Insurrección armada y guerrillas” (2021), en el que hacemos un recorrido por las posiciones anarquistas en torno a la lucha armada durante los 60’s y 70’s en el territorio dominado por el Estado Argentino.

La elección de este texto como puntapié se debe a que, si bien quien escribe está lejos de posicionarse como anárquico, creemos que los análisis que acá realiza pueden ser un rico aporte para adentrarnos en el clima subversivo de la época y en unas valiosas críticas con respecto a la vanguarda armada, el rol histórico del Partido Comunista, la posición de la izquierda peronista y la jerarquía dentro de los partidos político-militares de la época, las cuales valoramos sobre todo por venir de un ex combatiente, entendiendo que sus posiciones vienen de la práctica y no del análisis puramente teórico.

ARGENTINA: CRÓNICA DE UN DIVORCIO

¿Es la lucha armada el único camino posible en Latinoamérica?

Miguel Benasayag, ex miembro del ERP argentino, la organización armada del Partido Revolucionario de los Trabajadores, así lo cree. En su artículo, centrado sobre la lucha armada en Argentina durante el periodo 1969-1979, expone, sin embargo, las razones de un fracaso: el conocido problema de la “vanguardia” político-militar desconectada del movimiento social que dice representar. ¿Cómo se llegó a aquella situación en Argentina? Esta es precisamente la crónica de este divorcio, la crónica de aquel error contada por uno de sus tantos protagonistas.

Para comprender el fenómeno de la lucha armada, y en particular el de su desarrollo en la Argentina, creo que hay que tener en cuenta dos elementos fundamentales en su evolución histórica. El primero –valido para América Latina en general- es eso que nosotros llamamos “la experiencia cubana”, aunque esa expresión contenga más un tópico que un verdadero análisis de contenido. Porque la lección fundamental de Cuba no fueron los éxitos de la guerra de guerrilla o el “foquismo”, sino la victoria de la violencia en nuestros procesos revolucionarios por primera vez. Más tarde, el drama que conoció el pueblo chileno nos recordó una vez más que en los países del Tercer Mundo de estructura capitalista los intereses del imperialismo no pueden ser cuestionados por la vía pacífica democrático-burguesa de las elecciones.

En su libro-reportaje “Huracán sobre el azúcar”, Jean Paul Sartre escribía, resumiendo una frase de Fidel Castro: “Nos dimos cuenta de que a través de las elecciones podíamos llegar a cambiar de gobierno pero que, de todas maneras, los intereses imperialistas serían reimplantados en nuestros países por el ejército de clase que, en última instancia, podía decidirlo y cambiarlo todo por las armas”.

Sean las que sean las diferencias de estructuras y de desarrollo de los países de América Latina, nos encontramos siempre con esa clase dominante, organizada alrededor de eso que podríamos llamar “el partido militar”. Este grupo dominante que toma sus raíces históricas en la antigua nobleza colonial, fundamenta hoy su poder sobre dos pilares: la propiedad latifundista y el imperialismo directamente asociado a las empresas. Pero continúa siendo un compañero subalterno de “la gran democracia del Norte”, prisionero de la estructura capitalista dependiente, bloqueado por el estrecho margen de maniobra que se le permite tanto a nivel económico como político. Por eso se ve permanentemente obligado a responder con la violencia a las reivindicaciones populares.

Por su parte, nuestros pueblos, viendo todas las puertas cerradas y sus reivindicaciones ignoradas, no tienen otra solución que responder con la violencia a la violencia terrorista de los grupos oligárquicos.

LAS TRAICIONES DEL PARTIDO COMUNISTA ARGENTINO

En lo que concierne a Argentina, habría que añadir un elemento suplementario. Son conocidas las posiciones actuales del partido comunista argentino. Un buen día nos sorprendimos porque para él, la actual dictadura militar es “democrática”, Videla y Viola son militares “progresistas”, y no solo debemos comprenderlos, sino hay que ayudarles, para impedir “la terrible amenaza” de los militares “tipo Pinochet” que quisieran reemplazar a estos dos generales.

Por escandaloso que parezca, esta posición no es nueva en la historia llena de traiciones de este partido que se dice comunista. ¿Quién no se acuerda en Argentina del primer gran divorcio entre el PC y el Movimiento Obrero? Fue en 1939, el país estaba medio paralizado por la huelga de los trabajadores del sector frigorífico en el que los comunistas tenían numerosos dirigentes sindicales. De repente, el PC, por medio de su principal líder que dirigía el movimiento desde la cárcel, ordenó la vuelta al trabajo. Explicación: Había que reemprender la venta de carne a los aliados en nombre de la salvaguardia de la URSS. En efecto, el Comité Central acababa de conocer el texto de Dimitrov sobre el “frente único contra el fascismo”.

Después de esta primera gran traición, los intereses de la dirección comunista y los del pueblo acabaron por oponerse definitivamente en 1945, a propósito del peronismo. En aquella época las divisas entraban, la industria se desarrollaba y el nivel de vida subía. Por vez primera, la pequeña burguesía nacional pudo introducir su producción en el mercado sin ser aplastada por la producción yanqui, y el pueblo comenzaba a conocer un confort desconocido hasta entonces.

En la cumbre, el General Perón otorgaba o imponía las reformas sociales y sindicales (afiliación obligatoria a los sindicatos gubernamentales) que socialistas y anarquistas reclamaban desde hacía mucho tiempo.

Evidentemente, fueron los sindicatos y la clase obrera quienes pagaron en primer lugar el precio político de esas reformas de la Argentina de Perón; el precio de la “conciliación”, de “gran acuerdo nacional”, del nacionalismo populista y vagamente anti-imperialista. Los únicos excluidos de aquel acuerdo nacional fueron las oligarquías más recalcitrantes, aquellas a las que faltó la inteligencia necesaria para adaptarse al periodo.

Los clanes estaban claros. A un lado, el peronismo y sus aliados, al otro el imperialismo y los suyos. El PC escogió el segundo y sus militantes – pequeño burgueses intelectuales, la mayor parte de ellos- temían que la movilización popular se convirtiera en fascismo. Para ellos la alternativa estaba entre barbarie y cultura, y naturalmente debían optar por la segunda.

En 1955, cuando la contrarrevolución militar, reaccionarios y comunistas se encuentran codo a codo contra un pueblo que pedía demasiado porque no había comprendido que la época de las vacas gordas se había terminado y que su querido General Perón había cedido gustoso el puesto a colegas partidarios de métodos más convincentes. Veremos como después de un periodo de enderezamiento, el partido comunista se dejó arrastrar por una pendiente que le condujo al lado de los militares que hoy masacran y torturan.

1969: LA EXPLOSIÓN Y EL DESPERTAR

Los años que siguieron a la caída de Perón, en 1955, estuvieron marcados por una radicalización de las luchas obreras y populares y por un aumento de la violencia represiva. La época populista había llegado a su fin junto con los tiempos en que Argentina fue “el granero de trigo del mundo”. Hasta 1973, las dictaduras que se sucedieron fundaron su dominación en la represión pura y simple.

Es en 1955 cuando comienza la época llamada de la resistencia peronista: bombas, manifestaciones relámpago, marchas más o menos violentas, lucha sindical antiburocrática. Pero habrá que esperar cerca de quince

años, hasta el “Cordobazo”, la gran insurrección de la ciudad de Córdoba, el 29 de mayo de 1969, para ver cómo una marcha de protesta se transformaba en una insurrección espontánea, en un desbordamiento incontrolado.

Esta revuelta no se quedó en un movimiento aislado. Engendró fenómenos que conocieron un desarrollo primero convergente, luego paralelo y más tarde divergente. El primero fue una sucesión de insurrecciones parecidas al año siguiente en diferentes puntos del país: de nuevo en Córdoba, Tucumán, Rosario y Santa fe, por citar solo las más importantes. El segundo, y puede que el más importante desde el punto de vista histórico, fue el nacimiento de grupos políticos. Por un lado nos encontramos el movimiento peronista que, a pesar de expresar un sentimiento popular, no ofrecía ninguna instancia organizativa a quienes no pertenecían a su dirección o a sus estructuras burocráticas. Por el otro, teníamos la pequeña burguesía salida de familias tradicionalmente antiperonistas que buscaba en aquella explosión popular el medio de ejercer su repentina politización.

La izquierda, dividida en dos grandes corrientes (el movimiento peronista y los revolucionarios críticos cercanos al peronismo) salidas de una misma oposición al PC, había hecho ya la experiencia de la lucha de guerrilla después de la victoria cubana. Los unos habían organizado las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) en el marco de la resistencia popular peronista, los otros las FAL (Fuerzas Argentinas de Liberación) y las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias), estas últimas estaban concebidas como un apoyo estratégico al Che en Bolivia y evolucionarían más tarde hacia el peronismo.

En julio de 1970, la organización política-militar “Montoneros” hace su aparición pública con una acción espectacular: el secuestro, proceso y ejecución del General Aramburu, uno de los principales responsables de las masacres que siguieron a la caída de Perón. Por su parte, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), nacido en 1965 y relativamente implantado entre el proletariado rural de Tucumán y en el cinturón industrial de Buenos Aires y de Rosario, decide crear el Ejército

Revolucionario del Pueblo (ERP) para responder a la radicalización de la lucha organizando la violencia para encaminar hacia la “guerra popular”. La composición de clase de estas dos corrientes (predominio de la pequeña burguesía) hizo que los dos cayeran en un error de análisis en cuanto a la realidad del fenómeno peronista. Los Montoneros intentaron ganarse al movimiento desde adentro, y nosotros ignoramos su importancia histórica. La etapa que se abre a partir de entonces puede dividirse en tres frases.

PRIMERA FASE: 1969 - 1973

Es la fase de Convergencia. En ella se desarrollan todos los fenómenos embrionarios: sindicatos paralelos y combativos, ocupaciones de fábricas, multiplicación de los centros de enseñanza, de las organizaciones de barrios (sobre todo en los barrios-dormitorio de la periferia). Se produce también una especie de “primavera cultural” que refresca y enriquece la vida de los argentinos haciéndoles descubrir masivamente, a pesar de la censura, a los autores, pintores, actores, etc., que hasta entonces no habían podido traspasar la barrera de una pequeña elite intelectual.

Se comienzan a ver grandes frescos en los muros, los grupos de teatro salen de los húmedos sótanos de Buenos Aires, se cantan esas estrofas que hablan de la vida, del trabajo, de la explotación y de la lucha. Para las organizaciones armadas se trata de implantarse en el seno de ese pueblo que despierta. Sus principales actividades públicas serán las acciones de masas o la “propaganda armada”, es decir la creación de comités de barrio o de nuevos sindicatos, paralelamente a las operaciones de tipo distribución de alimentos, atentados contra personalidades representativas de la dictadura, ataques a comisarías y cuarteles para hacerse con armas. Se puede decir que en esta primera fase los grupos armados supieron desarrollarse en el interior del movimiento de masas y a su mismo ritmo.

Esta brecha arrancada a la dictadura incita a la reflexión ideológica, a la discusión teórica, y las organizaciones armadas se lanzan a la formación política y militar de sus nuevos militantes.

Recordemos aquí la capital importancia que tenía para nosotros la referencia al MLN-Tupamaros, nacido algunos años antes en Uruguay, y en particular a su célebre texto, “Foco o Partido, un falso dilema”, que insistía sobre el papel catalizador de la lucha armada y –respuesta a la crítica del foquismo- sobre la importancia del aparato.

Sin embargo, las dos grandes organizaciones políticas militares de Argentina tomaron una orientación totalmente diferente. La violencia no se concibió como “catalizador”, y se prefirió la organización del movimiento de masas hacia una “violencia popular generalizada”, al propio “foquismo. En lo que respecta al “aparato”, es decir, sobre la importancia concedida a una estructuración hipersofisticada de la organización, nosotros preferíamos una estructuración del apoyo popular. Citemos un ejemplo. En la concepción de los Tupamaros, después de una operación para recuperar armas, el mayor problema era el de encontrar un verdadero arsenal en el que esconder el botín. Para nosotros –por lo menos antes de la fase de desviación foquista- se trataba de encontrar trescientos simpatizantes dispuestos a esconder un arma cada uno en su casa.

Durante este periodo, los militares están allí y organizan política y militarmente su retirada. En el plano militar organizan acciones espectaculares y masacres destinadas a aplastar a las formaciones armadas. El 22 de agosto de 1972, en la cárcel de Trelew, fusilaron a dieciséis de los principales dirigentes guerrilleros encarcelados. Por lo que se refiere a la estrategia política, prepararon la única carta de recambio, que sin ser ideal para ellos, les permitía salvar un sistema realmente amenazado. En su dorado exilio español, el General Perón continuaba siendo a los ojos del pueblo el “líder supremo” de la rebelión, el símbolo viviente de la resistencia a los militares. Él mismo sabía, a pesar de su tímido antiimperialismo, que representaba la única oportunidad saludable para el sistema frente a un pueblo que avanzaba “demasiado peligrosamente”.

En este contexto, el tristemente célebre General Lanusse, entonces en el poder, decide organizar elecciones prácticamente libres ante las cuales los peronistas son representados por una personalidad de su ala izquierda en

buenas relaciones con los Montoneros, Héctor Cámpora. El 25 de Mayo de 1973, el pueblo invade las calles para asistir al traspaso de poderes y para dirigirse luego en masa a la cárcel central de Buenos Aires, donde pone en libertad a todos los presos políticos para evitar cualquier posible mercadeo en la negociación de la próxima amnistía. Ese día marca para nosotros una cumbre de la unión masas-guerrillera que posteriormente se irá degradando hasta el divorcio. Para la burguesía y el imperialismo ese es el primer día de su contraataque.

Sin que Perón quiera asumir el poder en una situación revolucionaria en la que habría sido obligado a tomar compromisos irreversibles frente a “su” pueblo, será Cámpora quien tome la cabeza del gobierno. Durante algunas semanas, los argentinos vivieron la ilusión de la “justicia reencontrada”. El sueño será todavía más duro a partir del día de la tan esperada vuelta del “general”, el 20 de Junio de 1973. Ese día, el pueblo peronista (representado principalmente por las organizaciones de la izquierda peronista) es convocado en el aeropuerto de Buenos Aires para darle la bienvenida al “liberador”. Pero este aterrizará en un pequeño aeropuerto militar. En Ezeiza, en lugar del regocijo, es una masacre lo que le espera a la población. Nunca sabremos cuantas decenas de muertos produjo aquella masacre, pero sabemos que fue una de las más sangrientas de nuestra historia. Aquella misma tarde, Perón explicó, como era su costumbre, que el movimiento peronista estaba infiltrado por traidores y provocadores.

En esta etapa que se abría, los Montoneros se veían ya desprovistos de su estatus de favoritos, pero necesitarán todavía muchos asesinatos para reconocer que quizá sus intereses “no coincidían perfectamente con los de Perón”. Por su parte, el PRT/ERP que desde el principio se había desmarcado de Perón y de su movimiento, acentúa este extravío interrumpiendo la tregua militar acordada a Cámpora. El camino de las organizaciones armadas y el del conjunto del pueblo, hasta ahora convergentes, pasarán a ser paralelos.

SEGUNDA FASE: 1973-76

Básicamente esta fase se caracteriza por dos fenómenos. El primero consiste en un lento desarrollo de la lucha de masas: lucha contra la burocracia en los sindicatos, multiplicación de centros de estudiantes en las facultades, centros de sanidad en los barrios, grupos de alfabetización, etc. Todo eso dentro de los ambiguos límites fijados por aquella “extraña democracia”.

El segundo es la reorientación de la actividad de las dos organizaciones armadas en función de una previsión estratégica según la cual una ruptura del proceso en curso –y por tanto un retorno de los militares- es inevitable. Deciden entonces actuar cerca de los grupos y sindicatos de vanguardia pero influidos por una especie de precipitación debida a la convicción de que “esta situación no puede durar mucho”.

Los montoneros intentan retardar la ruptura entre Perón y el movimiento sin cesar por ello en sus ataques contra los militares y sin dejar de reforzar su estructura. Esta ambigüedad les situó frecuentemente en situaciones difíciles; por ejemplo, una reunión de la dirección de los Montoneros mantenida con Perón porque tres de sus miembros habían sido detenidos y torturados, como si la policía fuera una fuerza autónoma independiente del presidente... A este respecto inventamos un sofisma, que bautizamos como “teoría del acompañamiento”, aplicable a todas las situaciones: Perón es bueno pero está mal acompañado.

Durante este periodo, nosotros, que no tuvimos necesidad de estas excusas y que habíamos roto la tregua, atacamos objetivos militares para hacernos con armas, golpear al enemigo, entrenar a nuestros militantes y mostrar al pueblo que era posible atacar a los militares.

Es en esta fase cuando nuestras organizaciones afrontarán sus problemas ideológicos y políticos más graves. Entre nosotros, lo más politizados comienzan a ver la necesidad de dar prioridad al trabajo de masas. Denuncian el creciente estalinismo, el funcionamiento demasiado centrado en el “aparato” que reina en nuestras organizaciones, entonces inmersas en

lo que denominábamos “guerra popular” y que de hecho no era más que una guerra entre nosotros y el ejército. Los menos politizados contestaban a este estalinismo con una actitud que podríamos calificar de “liberal”, cosa que costaba cara en vidas humanas y alimentaba las críticas de las direcciones estalinistas.

Esta contradicción entre trabajo clandestino y actividad en el seno de las masas sería resuelta finalmente de la peor forma posible. Mientras el pueblo avanzaba a paso lento en aquella inhabitual pseudo-democracia, las organizaciones se negaban a ver esa realidad, imponiendo la suya en la que creían ver la primera etapa de una guerra popular. El pueblo iba practicando el debate democrático mientras nosotros nos encerrábamos en los métodos estalinianos más duros. Aquel pueblo que había protagonizado la insurrección de las ciudades algunos años antes, esperaba recoger hoy, más o menos pacíficamente, el fruto de su trabajo. Y eso no lo comprendimos.

Por último, los Montoneros entraron en una especie de guerra entre aparatos contra los grupos de la derecha peronista, sin ver el peligro que comportaba. Aquellos grupos, llamados “incontrolados”, habían sido organizados por los militares para realizar los trabajos sucios de represión y acentuar la inestabilidad. Si los militares no habían podido evitar el repliegue, por lo menos se habían retirado en orden, y si se habían visto afectados políticamente, militarmente estaban intactos.

Un triste ejemplo puede ilustrar la precipitación de nuestras organizaciones por la pendiente del divorcio. Perón quería introducir modificaciones abiertamente represivas en el código penal contra las que, en aquella época, era posible movilizar las masas. Sin embargo, nuestro partido decidió suplantar al pueblo en su lucha y lanzó un gran ataque contra la guarnición militar de Azul. Entre los compañeros muertos se encontraban dos de los más importantes líderes de los barrios pobres de Buenos Aires...

Más preocupados por celebrar sus pequeñas “victorias” militares –que solo eran tales a sus propios ojos- que por consolidar su influencia en las masas,

nuestra dirección se dejó ganar por el triunfalismo infantil y en esa guerra de aparatos entre el mosquito y el elefante, el ejército pudo medir con exactitud la fuerza de su enemigo.

Las organizaciones nacidas para secundar y organizar la violencia popular comenzaron entonces a aislarse del conjunto del pueblo que, incluso si podía llegar a sentir una cierta simpatía, no se sintió representado por ellas. Este paralelismo durará tres años, margen de tiempo en el que los militares se dieron cuenta de que nuestras organizaciones habían perdido su influencia y de que se podía pasar al contraataque. A partir de entonces los militares podían pretender legitimar su golpe invocando la total pérdida de credibilidad del gobierno de la viuda de Perón, la grave inestabilidad económica y la crisis social generalizada.

TERCERA FASE: 1976-79

Cuando hemos hablado de desarrollo paralelo de la vanguardia y del pueblo, nos referíamos a un auténtico desarrollo, ya que hasta el momento del golpe de estado los Montoneros disponían de una organización sólida extendida por todo el país, y nosotros –aparte de nuestra implantación nacional- de un grupo de guerrilla rural en la provincia de Tucumán. Nuestras dos organizaciones multiplicaban los ataques conjuntos contra los cuarteles, ocupando pequeñas ciudades y organizando operaciones en las que podían participar hasta mil compañeros.

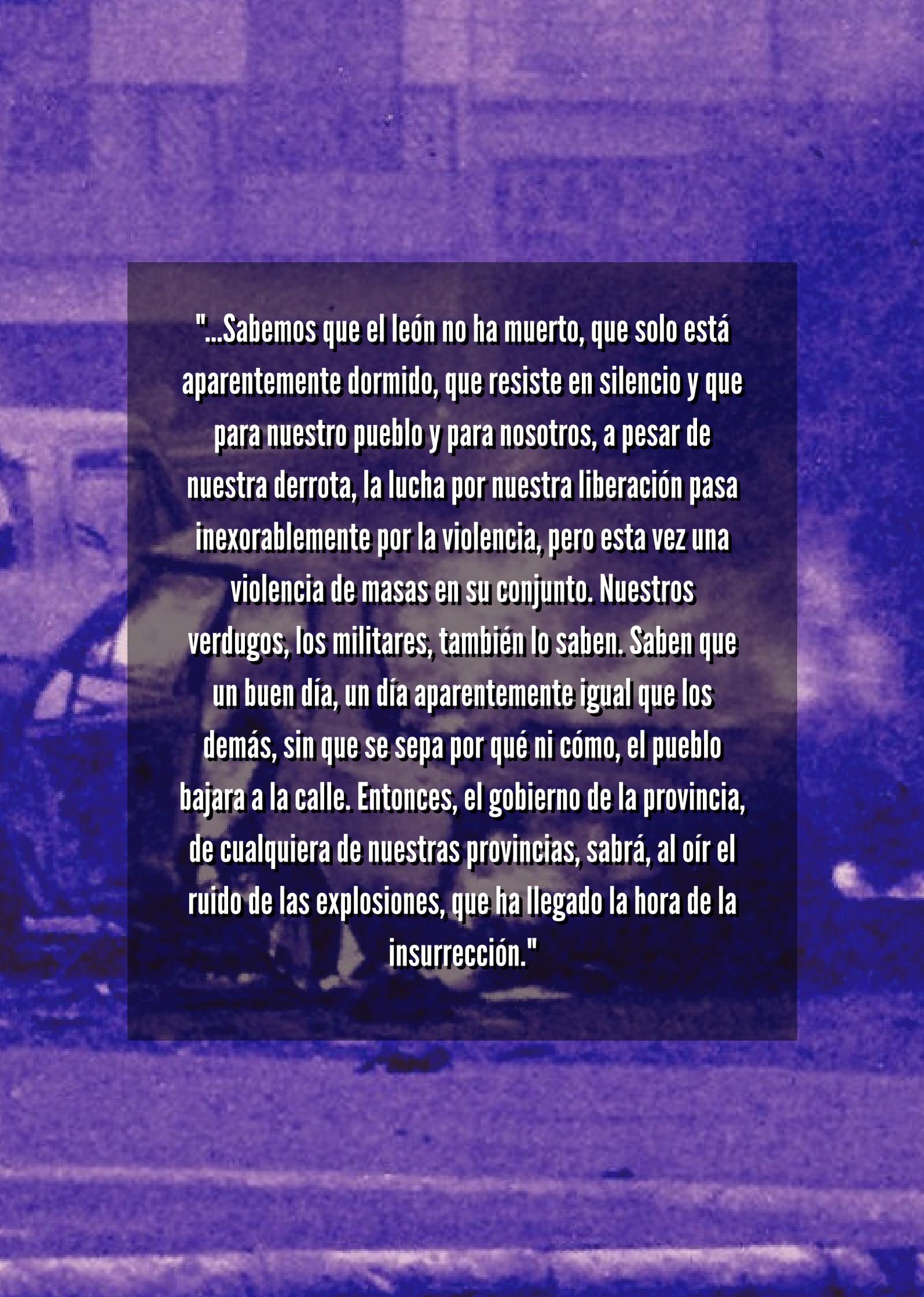
Sin embargo el divorcio se había implantado, y para darse cuenta basta recordar las declaraciones del comandante en jefe del ERP, Mario Roberto Santucho, pocas horas después del golpe, Santucho llamó al pueblo argentino a la resistencia activa terminando con estas palabras: “¡Argentinos, a las armas!”. Pero el pueblo y sus organizaciones de masas, cansados por las luchas de la segunda etapa, desmoralizados por la crisis económica y sobre todo aterrorizados por los crímenes y las masacres de los primeros días de la dictadura, no solo no tomaron las armas para resistir sino que efectuaron un repliegue masivo.

La pregunta que se plantea es la siguiente: ¿Cómo pudieron llegar los dirigentes de los grupos revolucionarios a tales niveles de distanciamiento con respecto al estado de ánimo del pueblo? La única respuesta posible es que estos dirigentes acabaron por valorar la situación política general en función de la actuación de sus propias organizaciones. Como se dice vulgarmente: contemplaban su propio ombligo.

“¡Argentinos a las armas!”: esta frase por si sola muestra que el divorcio se había consumado ya. Los militares, que habían dejado que la situación se pudriera para aparecer como campeones de la paz y del orden, nunca soñaron con una situación tan idónea –el suicidio de las organizaciones armadas- para poder pasar a una represión ejemplar y efectiva contra los activistas y los sectores sociales próximos a estos. Ni siquiera los Montoneros, que creían representar al conjunto del pueblo, pudieron escapar a esta suerte común.

A partir de ese momento entramos en las horribles historias de masacres y desapariciones, toda la angustiada y masiva represión ya conocida. Tras haber resistido heroicamente, las organizaciones armadas realizarán sus últimas acciones. Serán los últimos coletazos del animal mortalmente herido. Este tipo de represión durará hasta 1978, fecha en la que los militares registraron dos grandes victorias. Una militar, con el desmantelamiento completo de los grupos armados. Otra política, con la celebración de los campeonatos mundiales de fútbol en Argentina.

Sin embargo sabemos que el león no ha muerto, que solo está aparentemente dormido, que resiste en silencio y que para nuestro pueblo y para nosotros, a pesar de nuestra derrota, la lucha por nuestra liberación pasa inexorablemente por la violencia, pero esta vez una violencia de masas en su conjunto. Nuestros verdugos, los militares, también lo saben. Saben que un buen día, un día aparentemente igual que los demás, sin que se sepa por qué ni cómo, el pueblo bajara a la calle. Entonces, el gobierno de la provincia, de cualquiera de nuestras provincias, sabrá, al oír el ruido de las explosiones, que ha llegado la hora de la insurrección.



"...Sabemos que el león no ha muerto, que solo está aparentemente dormido, que resiste en silencio y que para nuestro pueblo y para nosotros, a pesar de nuestra derrota, la lucha por nuestra liberación pasa inexorablemente por la violencia, pero esta vez una violencia de masas en su conjunto. Nuestros verdugos, los militares, también lo saben. Saben que un buen día, un día aparentemente igual que los demás, sin que se sepa por qué ni cómo, el pueblo bajara a la calle. Entonces, el gobierno de la provincia, de cualquiera de nuestras provincias, sabrá, al oír el ruido de las explosiones, que ha llegado la hora de la insurrección."